

Una novela hermosa, dura y necesaria

Fernando Tomás

En un artículo publicado en el diario *El País*, la novelista Clara Usón (Barcelona, 1961) recordaba una frase de Oscar Wilde: «De pequeños, los hijos quieren a sus padres; de mayores, los juzgan, rara vez los perdonan», para iniciar un recorrido por las historias de algunas mujeres que tuvieron la particularidad o infortunio comunes de ser hijas de dictadores o genocidas: Svetlana Stalina, Carmen Franco, Alina Fernández (hija de Fidel Castro), Gudrun Himmler y Ana Mladic, de cuya historia parte para escribir *La hija del Este*, y planteaba una serie de preguntas inquietantes: «¿Qué sucede cuando las leyes del Estado las dicta tu padre? ¿Cuando lo que está bien y lo que está mal, no solo en el seno familiar, sino en todo el país, lo determina su voluntad o su capricho? Cuando tu padre es lo más parecido a una divinidad de carne y hueso que conoces; cuando su efigie adorna los billetes, cuando las calles llevan su nombre... Y de pronto llega un día en que el mundo que conoces sufre un vuelco y tu padre, que era un héroe, se convierte en el enemigo público número uno y los medios de comunicación denuncian sus crímenes. ¿Cómo es la vida de la hija de un tirano? ¿Se hereda la culpa? ¿Juzgan a sus padres? Y si lo hacen, ¿los absuelven o los condenan?» De esas interesantísimas cuestiones surge la nueva obra de la autora.

En *La hija del Este*, la autora de *La noche de San Juan* y *Corazón de napalm*, con la que ganó el Premio Biblioteca Breve y que

Clara Usón: *La hija del Este*. Seix Barral, Barcelona, 2012.

tiene algunos puntos en común con su nuevo libro, Usón recrea la historia de la joven Ana Mladic, estudiante en la universidad de Belgrado del último curso de Medicina e hija del general Ratko Mladic, comandante en jefe del Ejército serbobosnio, un supuesto héroe nacional que se ganó el apodo de El Carnicero de Srebrenica por las atrocidades que ordenó llevar a cabo durante la guerra de los Balcanes, entre otras el asedio sanguinario de la ciudad de Sarajevo, que causó miles de víctimas, y la matanza de ocho mil musulmanes en Srebrenica. Usón cuenta cómo Ana idolatraba a su padre, a quien creía un ser modélico, entregado por puro idealismo al servicio de su patria y desinteresado de todo lo que no fuera lograr construir un país y, por extensión, un mundo más justo y más libre. El personaje es así en la primera parte del libro, y vemos como la hija de Mladic no sólo defiende con uñas y dientes a su padre de las primeras críticas que oye en su contra, por parte de algunos compañeros, durante un viaje de fin de carrera a Moscú, sino que se niega a creer algunos acontecimientos que empezaban a ser públicos y que ella reducía a la categoría de simples calumnias. La reconstrucción de la vida desenfadada, rodeada de lujos y caprichos que hace Clara Usón, es uno de los primeros aciertos de esta novela.

El segundo es la forma en que Usón sabe partir en dos a su personaje, por fuera una joven leal a su padre y sus ideas, por dentro un mar de dudas. Ganaron las dudas, y una noche del mes de marzo de 1994, Ana se disparó un tiro en la sien con la pistola favorita de su padre, una que le habían regalado sus compañeros cuando se graduó como el mejor cadete de su promoción en la academia militar de Belgrado y que el propio Mladic había dicho que solo la dispararía para celebrar el nacimiento de su primer nieto. La muerte de su hija, por lo tanto, era además de una tragedia, un acto simbólico.

A partir de ahí, Clara Usón especula con las razones que pudieron llevar a una privilegiada como Ana Mladic a acabar con su vida, y su intuición es que no pudo soportar lo que descubrió y le contaron en Moscú, es decir, las atrocidades llevadas a cabo por su padre: el dolor y la decepción forman un cóctel peligroso. El tirano, actualmente preso en el Tribunal de la Haya, sólo dijo, tal vez para descargarse: «Mi hija nunca se mataría con esa pisto-

la», afirma. «Sabía lo que significaba para mí». Y a los pocos días de su muerte, emprendió la ofensiva de Gorazde, que bautizó con el nombre de Operación Estrella, que era como llamaba en la intimidad a su hija; después, en julio de 1995, invadió Srebrenica y en cuatro días asesinó a ocho mil varones musulmanes de entre 12 y 75 años, que se habían refugiado en la base militar de la ONU de Potocari. Sus crímenes permanecieron impunes hasta mayo de 2011, cuando fue arrestado por fin en Serbia. Ratko Mladic pidió al Gobierno de su país que antes de extraditarlo a La Haya le permitieran visitar la tumba de su hija, «o si no, que me traigan su ataúd a la cárcel», dijo.

Toda esa historia, y mucho más, la cuenta Usón en esta novela absorbente que además de contar lo ocurrido en los Balcanes y el caso concreto de los Mladic, es todo un tratado contra el horror, y un alegato contra las razones de cualquier tipo, ya sean ideológicas, religiosas o geográficas, que intentan justificar los crímenes horrendos que cometen las tiranías de cualquier signo, da igual de qué color sea la bandera detrás de la cual se esconden. Una gran novela, hermosa, dura y necesaria ©